

# REVISTA CASTELLANA

LITERATURA • HISTORIA • CIENCIAS • ARTES

DIRECTOR: NARCISO ALONSO CORTÉS

ADMINISTRACIÓN: FERRARI, 4 & 6.—VALLADOLID

R. 038

## Los genoveses pintados por los españoles

A una investigación, todavía sin completar, sobre los juicios proverbiales, encomiásticos y satíricos que en los siglos XVI y XVII dieron los españoles sobre los italianos, pondremos una pequeña contribución, limitándonos a recordar cómo fueron ridiculizados y escarnecidos los genoveses, que por largo tiempo gozaron en España mucha fama de banqueros usurarios y fueron considerados como sanguijuelas del dinero español. Por todo el siglo XVI, Venecia fué celebrada como la ciudad rica por excelencia: «el tesoro de Venecia», como el *non plus ultra* de la riqueza, es recordado en la *Celestina* (a. VII), en el *Lazarillo de Tormes* (tr. III), por Cervantes en el *Don Quijote* (II, 71) y en *La Gitanilla*, por Lope de Vega en el segundo acto de *La esclava de su galán*, y por otros<sup>1</sup>; pero, después, durante el siglo XVII, tal fama fué mermando al disminuir su comercio, principal fuente de la riqueza, y quedarle solamente el tráfico con Levante, infestado por los turcos, como el del Adriático por los uscoques. Las relaciones comerciales que los genoveses sostuvieron con los españoles se remontan a la segunda mitad del siglo XIII<sup>2</sup>; mas los negocios y las posiciones que adquirieron en tiempo de Felipe III y Felipe IV, hicieron que de Venecia pasase a Génova el crédito de la riqueza. Calderón, en la primera escena de *Amigo, amante y leal*, dice:

Un astuto mercader  
Suele en su tienda poner  
Mil telas, buenas y malas.  
Las buenas, al concertarlas,  
No hay en Génova tesoro,  
Con ser la suma del oro  
Del mundo, para pagarlas.

<sup>1</sup> Véase la nota de CLEMENCÍN al *Don Quijote* (VIII, p. 227 sigs) y la de RODRÍGUEZ MARÍN (*D. Quij.*, VII, p. 282).

<sup>2</sup> A. FABINELLI, recens. en el *Giorn. stor. d. lett. ital.* vol. XXIV (1894), p. 212 y 214.

Otra referencia a la riqueza de Génova hay en *El Sitio de Breda* del mismo Calderón. Cuando el Príncipe de Polonia va a entrevistarse en el campo con Ambrosio Spinola y admira su obra, no puede menos de exclamar:

¡Felice patria aquella que ha tenido  
siempre tan celebrado su trofeo!  
¡Felice por sus hijos, su decoro!

Y el soldado Alonso añade prosaicamente, en un aparte:

¡Y más felice por su plata y oro! <sup>1</sup>

Moreto, en el acto primero de su comedia *No puede ser guardar a una mujer*, doliéndose de que la poesía era poco apreciada respecto a la filosofía, exclama: *¡Así fuera ginovesa!*, como si quisiera significar que si fuera genovesa sería rica en extremo y por tanto tenida en gran estima.

Decía Campanella que «el tráfico con genoveses» era «gran riqueza» del rey de España, el cual así se hacía «más señor de Génova que de Milán, porque en Génova ninguna cosa se puede determinar sin su voluntad, ni hacer por miedo que tienen los genoveses de perder las posesiones que tienen sobre sus reinos españoles, y no hay cuidado de alimentarle, como hay con Milán, porque quien come en tu casa te sirve a ti» <sup>2</sup>. España tiene el modo «de poder a su voluntad valerse de la gran plaza de Génova y de tanto tesoro como hay en mano de los genoveses», observaba Soranzo, que fué embajador en España de 1597 a 1602 <sup>3</sup>. «La república de Génova, componiéndose de gente que por la mayor parte tiene su facultad en mano del Católico, es temida más por súbdita que no por independiente» de España, agregaba otro embajador veneciano, Francisco Priuli (1604-1608) <sup>4</sup>. El recuerdo de los préstamos usurarios que la república de Génova hacía a España, recorre continuamente por la prosa y la poesía de los españoles del siglo XVI. En su famosa *Sátira contra una cortesana*, Lupercio Leonardo de Argensola dice:

Y yo por todo el oro que Liguria  
a España con usuras arrebatada,  
no quiero hacerme digno de tu furia <sup>5</sup>

De Indias venía el oro a España, mas no se guardaba—escribía Soranzo,—«porque, apenas reunido, venía a ser repartido, consumido en la guerra y enviado fuera del país» <sup>6</sup>; y Quevedo, en su famosa letrilla: *Poderoso caballero—es don Dinero*, afirma que el dinero:

<sup>1</sup> Esta y la precedente cita de los pasajes calderonianos están tomadas del bello discurso de A. RESTORI, *Genova nel teatro classico di Spagna*, Génova, 1912, p. 8 y 22.

<sup>2</sup> T. CAMPANELLA, *Opere scelte, ordinate ed annotate da A. d'Ancona*. Torino, 1254, vol. II, cap. XIV, p. 128, y cap. XVI, p. 146.

<sup>3</sup> *Relaz. amb. veneti al Senato raccolte e illustrate da N. BAROZZI y G. BERCHET*, serie I, España, vol. I, p. 38.

<sup>4</sup> *Op. cit.*, vol. cit. p. 359.

<sup>5</sup> SEDANO, *Parnaso Español*, t. IV, p. 325.

<sup>6</sup> *Relaz.*, vol. cit. p. 77.

Nace en las Indias honrado,  
 Donde el mundo le acompaña:  
 Viene a morir en España  
 Y es en Génova enterrado <sup>1</sup>.

El *Licenciado Vidriera*, de Cervantes, jugando con el doble significado de la palabra *cuento* (*relato* y *millón*), con argucia maliciosa hace alusión a los muchos millones que de España pasaban a Génova. «Lléguese acá el señor Vidriera y cuéntenos un cuento». Y él responde: «No quiero, porque no me lo paséis a Génova» <sup>2</sup>. No menos vivaz es el siguiente diálogo que se lee en los *Sueños* de Quevedo (*La visita de los chistes*): <sup>3</sup> «—¿Hay mucho dinero en España? ¿En qué opinión está el dinero? ¿Qué fuerza alcanza? ¿Qué crédito? ¿Qué valor?—Responde:—No han descaecido las flotas de las Indias, aunque los extranjeros han echado unas sanguijuelas desde España al cerro del Potosí, con que se van restañando las venas y a chupones se empezaron a secar las minas—¿Ginoveses andan a la zacapela con el dinero?—dijo él.—Vuélvome jigote. Hijo mío, los ginoveses son lamparones del dinero, enfermedad que procede de tratar con gatos. Y vese que son lamparones porque sólo el dinero que va a Francia no admite ginoveses en su comercio.»

Numerosísimos eran éstos en España. El Rey, por tener muchos sometidos a él «ha hecho una ley—escribía Priuli,—que los obliga a no poder vender lo que compran en sus Estados sino a gente de su propia nación; y así resulta cierto que, haciéndose vasallo un genovés, no puede salirse sino metiendo a otro, lo cual viene siempre a afirmar más la autoridad del Rey sobre aquella república» <sup>4</sup>. Poco favorable al comercio era la opinión pública en España: «En poca cuenta—escribía el mismo Priuli—tiene al comercio aquella nación, contra el parecer de los genoveses, que valiéndose de la omisión ajena, atesoran con lo que debería ser propio de los españoles» <sup>5</sup>. Y así, bien pronto los genoveses adquirieron fama de usureros en España, donde se dedicaban con preferencia al cambio y al préstamo de la moneda de oro, la cual, no teniendo un tipo fijo, podía ser calculada según su codicia <sup>6</sup>. Mas bien pronto se promulgó una ley que establecía el valor y conminaba con graves penas, incluso el destierro, a los contraventores <sup>7</sup>. Este golpe a los intereses de los genoveses le dió Felipe III con una pragmática publicada en Madrid en 1609, a la cual cabalmente se refiere Brígida, la cortesana de *El Vizcaíno fingido*:

1 D. FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS, *Poesías*, ed. F. JANER. Madrid, 1877 (en la *Bibl. de Aut. Esp.* vol. 69.) p. 93.

2 *El Licenciado Vidriera*, ed. de N. A. CORTÉS, Valladolid, 1916, p. 69.

3 QUEVEDO, *Obras*, ed. A. FERNÁNDEZ-GUERRA, (en la *Bibl. de Aut. Esp.*, t. 23), vol. I, p. 339.

4 *Relaz*, cit., p. 395.

5 *Relaz*, cit., p. 351 sg.

6 Covarrubias en su *Tesoro* explica la palabra *ginovés* por *usurero*.

7 M. JOSÉ GARCÍA, *Estudio crítico acerca del entremés «El vizcaíno fingido»*, 1905, p. 129.

BRÍGIDA.—...Sólo me encontré el otro día en la calle a un poeta, que de bonísima voluntad y con mucha cortesía me dió un soneto de la historia de Píramo y Tisbe, y me ofreció trecientos en mi alabanza.

CRISTINA.—Mejor fuera que te hubieras encontrado con un ginovés, que te diera trecientos reales.

BRÍGIDA.—Sí, por cierto: ahí están los ginoveses de manifiesto, y para venirse a la mano, como halconero al señuelo. Andan todos melancólicos y tristes con el decreto.

CRISTINA.—Mira, Brígida: de esto quiero que estés cierta, que vale más un ginovés quebrado, que cuatro poetas enteros...<sup>1</sup>

A raíz de las providencias tomadas por el Rey contra la usura—los genoveses escribía Soranzo,—«aún cuando en público y en privado hicieron entonces muchas demostraciones y juramentos de no prestar un sueldo más a la corona de España, no obstante, en mi tiempo, después de este decreto, han hecho tres empréstitos a S. M... Ni faltarán nunca al Rey las bolsas de los genoveses, porque estos tienen todo su haber en el dominio regio, y, si se resistieran, puede el Rey con facilidad domarlos; a más de que tienen grandísima e inestimable suma de oro sacada toda de esta corona, no saben dónde emplearla si no la dan a cambio al Rey mismo»<sup>2</sup>; y poco después agrega Soranzo lo mismo: «Génova queda con grandes e insolubles cadenas sujeta a la dependencia del Católico, teniendo esta riquísima nación más de millón y medio de oro de entradas en los Estados regios; a más de que están los genoveses abundantísimos de oro sacado de España, no saben dónde emplearlo si no lo dan al Rey mismo, por lo cual con todos los disgustos, con todas las afrentas y todos los decretos no pueden los genoveses eximirse de negociar con aquella corte, y sacan de ella utilidades tan exorbitantes, que por cualquier accidente que pueda ocurrir, salen de él siempre con gruesas ganancias»<sup>3</sup>.

¡Imagínese cuán envidiadas de los españoles eran la actividad y la riqueza de los genoveses! «Hombres naturalmente deseosos de pecunia y rapaces», los había definido Boccacio (*Decameron*, G. II, n. IV); «muy traficantes», Bandello<sup>4</sup>; como hombres positivos y ávidos de dinero, Botero<sup>5</sup>; como temibilísimos usureros, los hicieron proverbiales los españoles<sup>6</sup>. En la comedia *La dama presidente*, de Leyva Ramírez de

1 Ed. de GARCÍA, p. 56 sg.—Los ocho *entremeses* de Cervantes han encontrado digna vestidura italiana en la traducción elegante, depurada y bajo todos aspectos merecedora de encomio que, con notas introductorias y comentario, recientemente ha publicado A. GIANNINI (Lanciano, R. Carabba, 1915).

2 *Relas*, cit., vol. cit., p. 464.

3 *Rel*, cit., p. 482.

4 *Novelle*, ediz. BROGNOLIGO (vol. II, p. II, nov. 34, págs. 22).

5 G. BOTERO, *Dei dotti memorabili di personaggi illustri*. Nápoles, 1674, p. 219.

6 Inconstantes y volubles, les dice Pontano. En el *Antonius*, Suppazio, enumerando las ciudades que ha visitado y poniendo en evidencia el bien y el mal, añade que quiere ver también Génova; mas, ¡oh desventura! ¿qué ve? La bestia de las siete cabezas, el mismo año no es tan vario y voluble como la naturaleza de los genoveses (*Opera varia*, Ludguni 1514, p. 189). Un milanés que conocía bien el carácter de los diversos pueblos italianos, escribía a D. Juan de Austria: «Llegando V. A. a Génova, ha de saber que los Ginoveses son la más ligera y vana gente que hay en todo el mundo. (R. FOULCHÉ-DELBOSC, *Conseils d'un milanais à D. Juan d'Autriche* (1571), en la *Revue Hispanique*, vol. VIII (1901), p. 70).

Arellano, el gracioso *Brillante* hace esta referencia a la usura de los genoveses:

Mi amo ha sido  
con el uso de la tierra:  
pues prestan por gusto y vicio  
y llevan *chento por chento* <sup>1</sup>.

Quevedo nos describe así a un genovés en la *Vida del Buscón* <sup>2</sup>: «Topamos con un ginovés—digo destos antecristos de las monedas de España... Trabamos conversación con él, y todo lo llevaba a materia de maravedís, que es gente que naturalmente nació para bolsas.» <sup>3</sup>

A una curiosa costumbre de los genoveses alude Cervantes en *La Gitanilla*: «Pues yo—dice el paje a la gitanilla—no soy desos; versos hago, y no soy rico ni pobre; y sin sentirlo ni descontarlo, como hacen los genoveses sus convites, bien puedo dar un escudo, y dos, a quien yo quisiere.» Alude, pues, a la siguiente costumbre: cuando un genovés invitaba a comer a un español, con el cual estaba en relación de negocios, en la primera cuenta que le rendía le hacía pagar el valor, no sólo de su parte, sino del banquete entero, con lo cual el convidado, por hábil tacañería genovesa, acababa por ser convidante <sup>4</sup>.

Entre los males que enumera Góngora en un soneto (el CLXXXVIII, *Pondera las penalidades y disgustos de un hombre casado*), para deducir finalmente que son todos inferiores al de ser casado, no se olvida el de *deber a genoveses puntuales*; pero será mejor copiar por entero el soneto, que es una felicísima imitación de aquel tan conocido de Berni (*Cancheri e beccaffichi magri arrosti*) <sup>5</sup>:

Comer salchichas y hallar sin gota  
El frasco, por haberse derramado:  
Llegar a tomar postas muy cansado  
Y daros una que tropieza y trota.  
Calzaros con gran premio la una bota  
Y romperse la otra en lo picado:  
Ir a primera, habiéndo os descartado  
Del rey de bastos, y acudir la sota.  
Servir a dama que, no dando, toma;  
Deber a genoveses puntuales;  
Pasear con gualdrapa, haciendo lodos;  
Tener familia que no sirva y coma;  
Añada quien quisiere otros mil males,  
Que el ser casado es el mayor de todos.

<sup>1</sup> Cit. ya por RESTORI, discurso cit., p. 7.

<sup>2</sup> Recordaré que, aunque no fuese genovés, pasaba por tal el padre de Guzmán de Alfarache. «Era su trato el ordinario de aquella tierra y lo es ya por nuestros pecados en la nuestra: cambios y recambios por todo el mundo» [*Primera parte de Guzmán de Alfarache*, edic. de Cejador, en la *Biblioteca Renacimiento*, p. 37].

<sup>3</sup> QUEVEDO, *Vida del Buscón*. Madrid, 1911, pág. 128.

<sup>4</sup> CERVANTES, *Novelas ejemplares*, edic. de RODRIGUEZ MARÍN. Madrid, 1911, p. 51, nota 19.

<sup>5</sup> L. DE GÓNGORA Y ARGOTE, *Obras poéticas*. Paris, L. Michaud, s. a., p. 263.

Ladrones y lujuriosos son llamados los genoveses en una poesía de Quevedo (*A un poeta*), o, como quieren algunos, escrita contra él <sup>1</sup>; de falsedad y engaño les moteja Gracián: «El engaño—escribe en *El Criticón*—trascendió toda la Italia, echando hondas raíces en los italianos pechos: en Nápoles hablando y en Génova tratado.» (P. I, Cr. 13) <sup>2</sup>; y en la misma obra añade que los genoveses «a los españoles les han dado tan valientes pellizcos en su plata, que no hiciera más una bruja, chupándoles la sangre cuando más dormidos» (II, 8); y, hablando de España, afirma que «todos la buscan y la chupan lo mejor que tiene: sus generosos vinos Inglaterra, sus finas lanas Holanda, su vidrio Venecia, su azafrán Alemania, sus sedas Nápoles, sus azúcares Génova, sus caballos Francia y sus patacones todo el mundo.»

Con el tiempo, la reputación proverbial de usureros que gozaban los genoveses fué disminuyendo, y poco después casi no vuelve a aparecer en los escritores y poetas españoles. Me place por esto recordar el bello epigrama, «en que define el carácter de los genoveses» D. Juan de Iriarte (1702-1771), tío del célebre fabulista y autor él mismo de escasos, pero buenos y agudos epigramas <sup>3</sup>:

Los genoveses no dan  
Ni dieron en tiempo alguno;  
Sólo un genovés, Colón,  
Dió por todos, dando un mundo.

Al cual contestó con otro epigrama D. Francisco Gregorio de Salas, negando que el mismo Colón hubiese dado ninguna corona:

Nada Colón llegó a dar  
Aunque genovés bizarro,  
Pues no hizo más que enseñar  
Lo que Cortés y Pizarro  
Se tuvieron que tomar.

No contento con darles fama de usureros, Quevedo, que más que nadie dirigió los dardos de su sátira contra los genoveses, atribuyóles un defecto todavía más grave, en una *letrilla satírica*: <sup>4</sup>.

Que le preste el genovés  
Al casado de su hacienda:  
Que al dar su mujer por prenda  
Preste él paciencia después;  
Que la cabeza y los pies  
Le vista el dinero ajeno,  
Bueno.

1 QUEVEDO, *Poesías*, edic. cit. p. 479. Esta poesía parece ser de Villamediana (GALLARDO, *Estadío*, IV, 698).

2 GRACIÁN, *El criticón*, edic. de J. Cejador y Frauca. Madrid, s. a. [1913], p. 176.

3 En la *Bibl. de Aut. Españ.*, t. 67, p. 499.

4 QUEVEDO, *Poesías* cit., p. 301.

Mas que venga a suceder  
 Que sus reales y ducados  
 Se los vuelven en cornados  
 Los cuartos de su mujer;  
 Que se venga rico a ver  
 Con semejante regalo,  
 Malo.

La acusación no era nueva: en Italia había ayudado a difundirla, sino a darla origen, una facecia (CCXL) de Poggio Florentino. A un genovés que preguntaba a un florentino por qué motivo sus hijos eran tan delgados, mientras que los del genovés eran fuertes y robustos:—La razón es sencilla—aquél responde.—Yo hago mis hijos por mí mismo, mientras que vos para hacerlos tenéis necesidad de muchos que os ayuden. «Porque los genoveses—agrega Poggio—apenas han tomado mujer, vanse inmediatamente por los mares y las mujeres quedan abandonadas, como suele decirse, en custodia de los demás por muchísimos años»<sup>1</sup>.

En España, en la primera mitad del siglo XVI, el poeta sevillano Gutierre de Cetina confirmaba la acusación al terminar sus *Paradojas*<sup>2</sup>. «Bien hayan los ginoveses, que van por el mundo a hacer sus negocios, dejando á sus mujeres en entera libertad para poder hacer de sí lo que quisieren; y estando presentes, no se avergüenzan ni se tiene por mal que tenga cada una su galán, como ellos los llevan para suplir las faltas de la mujer, bastándoles para todo la generación, como á los ingleses, que el hijo nazca en casa, para que se entienda que es del marido y se halla por hábil aunque esté el marido ausente; y es tan común y tan ordinario entre ellos, que ninguno que tenga seso osaría á llamar á otro cornudo por afrentarle; así porque, como dije, no se tiene por afrenta: porque, como entre todos ellos, de cornudo ó hijo de cornudo, *nemo est qui se abscondat.*»

Restori<sup>3</sup> recordó que en 1609, representando en Sevilla el célebre Nicolás de los Ríos un *Auto de la Lonja*, hoy perdido, en la solemnidad del Corpus Christi, la Junta de vigilancia le prohibió decir frases ofensivas dirigidas a Génova: «En las coplas que dice de Génova no diga *hombres sin conciencia ni mujeres sin vergüenza*», en lo cual claro es que repetan una parte del conocido proverbio contra los genoveses<sup>4</sup>.

<sup>1</sup> POGGIO FLORENTINI *Opera*, Argentimae, 1513, p. 435.

<sup>2</sup> GUTIÉRRE DE CETINA, *Obras con introducción y notas de D. J. HAZAÑAS Y LA RUA*, Sevilla) 1895, p. 238 sg.

<sup>3</sup> *Discurso* «It.», p. 8.

<sup>4</sup> «Genova, aria senza ucellì, mare senza pesce, montì senza legna, uomini senza rispetti» (GIUSTI, *Proverbi toscani*, Florencia, 1853 p. 213). «Qualtru così havi Genua: mari senza pisci, muntagnì senza ligna, vriogna fimmìni e ricchizzi senza funnu» (PITRÈ, *Proverbi*, Palermo, 1880, I, CXO). El proverbio estaba tan difundido en España que Matheu y Sanz, en una lista de pequeños hurtos literarios cometidos por Gracián en el *Criticón*, notaba que éste se había apropiado «parte de la definición de Génova» con la frase «hombres sin conciencia y hembras sin vergüenza». Cit. por A. CORRÉS en su bella monografía sobre *Baltasar Gracián* (ext. de la *Revue Hispanique*, t. XXIX). New-York-Paris, 1913.

Mas no siempre ni todos los españoles fueron jueces severos de los genoveses. Por recordar uno, Pero Tafur, que fué el primer español que dejó recuerdo escrito de su viaje al rededor del mundo <sup>1</sup>, compuesto entre los fines de 1435 y 1539, se muestra entusiasta de la belleza de Génova, a la que dice «la más fermosa cosa del mundo a ver», alaba la laboriosidad industrial de los genoveses y ensalza la honestidad de sus mujeres: «Sin duda—escribe—segunt el apartamiento que fazen los ginoveses por el mundo de sus mugeres, si en otras naciones fuese, grant daño avría en la castidad dellas, mas ellas se precian tanto de su bondat, que apenas se falla muger fallada en adulterio, é donde se fallase, en ningún caso pasaría sin pena de muerte». Y a las palabras de Tafur podría agregar otros pasajes de otros autores que alaban la belleza de la ciudad, su gloria, sus usos y costumbres y los merecimientos de sus habitantes <sup>2</sup>... Mas aquí termino, contentándome con remitir al lector que tuviese deseo de conocer cuando menos las referencias teatrales, al bellissimo discurso de Antonio Restori sobre *Genova nel teatro classico di Spagna*, y a la adición que puso con su estimable escrito *Ancora Genova nel teatro classico di Spagna* <sup>3</sup>.

EUGENIO MELE

Nápoles, Mayo de 1916.

1 A. FARINELLI, recens. cit. en el *Giorn. stor.*, vol. cit., p. 227 sgg.

2 Recordaré que el *Licenciado Vidriera* dice «bellísima» a la ciudad de Génova, y muestra gran admiración por las genovesas de cabellos rubios, por la gentileza y gallarda disposición de los hombres y por la ciudad «que en aquellas peñas parece que tiene las casas engastadas como diamantes en oro». [edic. CORTÉS cit. p. 21].

3 A. RESTORI, *Genova nel teatro classico di Spagna*, Génova, 1911; y *Ancora Genova nel teatro classico di Spagna* (ext de la *Revista Ligure di scienze, lettere ed arti*). Génova, 1913.

## ¡Sublime aliento!

A un fin que es bien, Señor, todo lo ordenas  
y es crisol de tu amor el sufrimiento...

¡Oh sublime verdad que el alma llenas,  
cuando es el pan amargo de las penas  
del pobre corazón todo alimento!

¿Quién sin fe en los misterios del destino  
que a un armónico plan has sujetado,  
sin la atracción del porvenir divino,  
da un paso de la vida en el camino  
sin caer con la cruz ¡que le han cargado!?

¡La vida es cruz!... Granfítica montaña  
no pesa más... Sin la vital clemencia  
del Coloso que al débil acompaña,  
¿quién no maldice, con quemante saña,  
la razón sin razón de la existencia?

¡Tú sufres, corazón! ¿Con qué derecho  
otros tienen placeres y venturas?  
¿Es obra del azar? En tu despecho  
¡desea ver todo placer deshecho  
en un inmenso cáliz de amarguras!

A la luz infernal de esta enseñanza,  
me explico la razón del anarquismo.  
Sin el radiante sol de la esperanza,  
¡son leyes la traición y la venganza!...  
Sin fe ni Dios ¡haría yo lo mismo!

Creo, Señor, en el eterno arcano  
de la Solemne y rítmica armonía...  
Creo y confieso que tu Augusta Mano  
abre, por un designio soberano,  
el insondable mar de mi agonía.

Sé, por consuelo en el dolor constante,  
que es crisol del amor el sufrimiento.  
Quiero tener esta verdad brillante  
en el latir del corazón amante  
y en la radiante luz del pensamiento.

REGINO MARTÍNEZ

## El príncipe encantador

Noche de invierno. Una estación en un páramo; el edificio, exíguo y negruzco, tachonado por tímidas lucecillas, parece una boya perdida en la inmensidad del mar; negrura, soledad, aspereza, intemperie, los cuatro elementos del nocturno salvaje, cercan y acoquinan la débil casuca, que defiende su vida afianzándose a la doble amarra de los alambres y de los rieles; el viento lo llena todo de aullidos y de empellones. Desde el horizonte llega el eco de un silbido agudo y largo, los carriles transmiten retemblando el estruendo de un arrastre lejano que fluctúa como un trueno que se extingue, destácase de pronto en las tinieblas un punto de luz que se agranda y se aproxima con fijeza hipnótica, y con choque de herrajes, golpeteo de entronques, estrépito de plataformas y desgarrar de frenos, llega y pára el tren rápido, hermético y humeante.—¡Pan-corbo, un minuto!..

El embozado escala el «sleeping», recoge sus maletas, que manos torpes le tienden desde el andén, reparte breves adioses, y apenas alza el empañado cristal, ya la masa del tren, crispada por el enfrene, se desentume, se conmueve, y a grandes golpes de émbolo echa a rodar otra vez; sumiéndose en el yermo y en la noche, con rudos y poderosos jadeos que el vendaval entrecorta...

El embozado desembózase, y por el pasadizo del vagón, ojea los departamentos: uno hay abierto y a oscuras, que parece vacío; el desembozado entra en él, coloca sus equipajes, destoca su cabeza, desenguenta sus manos, y mientras enciende un cigarrillo, mira por la ventanilla la carrera de negruras en que se funde el paisaje. En esto, el fanal del techado parpadea y se ilumina, llenando el departamento de luz aguda, lividescente. Vuélvese el viajero, y mira ante sí la imagen pulida y gentil de una hermosa mujer, que, el brazo en alto todavía y guardando en los dedos de su mano la forma del interruptor lumínico, le contempla también con patente sorpresa. El viajero saluda, inclinándose hasta mostrar de lleno el impecable trazo de la raya, cuya blancura divide el negror de sus cabellos; la dama corresponde bajando levemente la cabeza. El viajero tira su cigarro.

EL VIAJERO.—Señora, mil perdones; no advertí que el departamento estuviese ocupado.

LA VIAJERA.—Aún queda mucho sitio para usted.

EL VIAJERO.—Todo sitio es poco cuando le llenan los pensamientos. No quiero ser importuno. Verá usted qué pronto encuentro un rincón para mí. *(Sale)*.

LA VIAJERA.—No crea usted...

EL VIAJERO *(volviendo)*.—Ya le encontré... *(Coge sus equipajes)*.

LA VIAJERA.—Permítame, se lo ruego; no se moleste usted por mí; bien se me alcanza que usted teme importunarme, por la sorpresa que me notó cuando le ví aquí dentro; pero se equivoca usted, no me molesta usted en lo más mínimo, y sentiría que tomase usted en serio una nerviosidad sin importancia y de momento.

EL VIAJERO.—No sé si...

LA VIAJERA.—Mire usted, si usted se fuera, me remordería la conciencia, y sería para mí mayor perturbación que su presencia.

EL VIAJERO.—Me quedo, no diga usted más, y estoy profundamente agradecido a la conciencia de usted. *(Se sientan ambos)*.

LA VIAJERA.—No, no, hablo en serio. Crea usted que lo hubiera sentido por dos cosas: primero, claro está, porque hubiera sido una impertinencia, una falta de educación, obligar a usted a salir de aquí por melindre, por incivilidad; y naturalmente que no quedamos muy satisfechos de nosotros mismos, cuando nos vemos en falta, y en falta que hemos solido criticar. Después, otra cosa que me molesta mucho cuando me ocurre viajar sola, es que se crean que tengo miedo. Esta tarde me lo decían: «No vayas así, tan improvisadamente, aguarda a mañana, mira que yendo sola vas a pasar mucho miedo». Y no me decían que eso era muy mal visto, porque se ha pasado de moda hasta en Castilla. De modo que sólo de pensar lo que usted hubiera pensado de mí, después de cederme tan delicadamente el sitio, me hubiera irritado bastante.

EL VIAJERO.—Muchas gracias por la importancia que otorga usted a mis opiniones.

LA VIAJERA.—No señor, no les otorgo ninguna, particularmente; no puedo otorgársela porque no conozco a usted. Pero a mí me importa mucho la opinión de todo el mundo, de todo el que me ve, aunque no me conozca, ni yo le conozca, ni nos volvamos a encontrar nunca.

EL VIAJERO.—Tiene usted una sensibilidad exquisita y envidiable.

LA VIAJERA.—Envidiable no, que hace pasar inquietudes bien tontas.

EL VIAJERO.—Envidiable: le diré a usted por qué. Envidiable, porque esa frescura de impresión sólo la tienen los niños, y tener el corazón añinado en medio de nuestra vida, es una fortuna que envidio, que envidia todo el mundo. No sabe usted lo triste que es notarse empedernido. El empedernimiento del espíritu es como la fosilización del cuerpo: una señal de decadencia y de vejez.

LA VIAJERA.—Habla usted como si fuera el decano de los empedernidos.

EL VIAJERO.—Lo estoy más de lo que usted cree, más de lo que yo mismo pienso; pero no tanto que no quiera quitar a usted el más leve motivo de intranquilidad, en cuanto me sea posible. Sepa usted, pues, que mi opinión será siempre favorabilísima a su exquisita cortesía, y al valor con que viaja usted sola.

LA VIAJERA.—Bien veo que habla usted en broma; sólo así se comprende que, al viajar sola sin miedo, lo llame usted valor. No puedo creer que en España se necesite valor para hacer lo que en el extranjero he hecho mil veces, con la mayor sencillez del mundo, que es como lo hacen allí todas las mujeres.

EL VIAJERO.—Tiene usted razón. Ciertamente que nuestra proverbial hidalguía es una figura retórica, el elogio protocolar que nos dirigen los extranjeros, cuando quieren hablar bien de nosotros. Pero también es verdad que la cortesía, la verdadera cortesía, la que es innata y cordial, la que no nace de la cohibición que en sociedad nos imponemos, en ningún país se encuentra mejor que en España. ¡Qué lástima que esté oscurecida por la incultura general en que vivimos! Apesar de que esa incultura, esa falta de perfección, de pulimento, suele gustarle a las mujeres.

LA VIAJERA.—Si no me dice usted cómo...

EL VIAJERO.—Verá usted. Ha viajado usted sola fuera de España, ¿acertaré a pintar sus impresiones de viaje? No me refiero a las impresiones del panorama...

LA VIAJERA.—Comprendido.

EL VIAJERO.—Quiero decir las impresiones puramente femeninas del ambiente que se cruza. En Rusia, en Alemania, en Inglaterra, hasta en Francia y en Italia misma, y no digo en América, la mujer se mueve libremente; eso será lo primero que haya usted notado: una sensación de libertad, muy grata, porque siempre nos es grato sentirnos libres. Pero a la mujer, esa libertad empieza, a poco, a

pesarla algo; digo yo que debe pesarla, si verdaderamente es mujer; porque la libertad femenina es, en este punto, injusta, porque es igualitaria. En el extranjero las mujeres son libres como los hombres; de ahí que en la corriente social, fuera de los remansos de la familia, de la amistad, de los salones, en medio de la multitud, sea tratada como hombre y abandonada a sí propia en los mil incidentes cotidianos de la vida callejera, de los viajes, de los quehaceres. Se mueve usted libremente, pero solitariamente, en la cortesía formal y como ritualista, de la indiferencia civilizada. Es usted una de tantas ovejas del rebaño asexual, que se apiña para luchar con la vida, por la vida...

LA VIAJERA.—Habla usted muy bien.

EL VIAJERO.—¿De veras? Quizá sea usted feminista, quizá estime usted preferible la libertad igualitaria a todo privilegio más o menos rodeado de alabardas carceleras.

LA VIAJERA.—Esa es la tendencia de la mujer moderna.

EL VIAJERO.—Sí, de la mujer médica, abogada, «bas bleu», cobradora de tranvías, y hasta quién sabe si moza de cuerda.

LA VIAJERA (*riendo*).—Usted sí que no es feminista, por lo visto.

EL VIAJERO.—Con toda mi alma, y pienso persuadirla a usted de ello.

LA VIAJERA.—Sí, ya me supongo cual es su feminismo: un feminismo de madrigal.

EL VIAJERO.—De madrigal moderno, en el cual, eliminadas todas las flores más o menos olorosas y sensuales del clásico madrigal, sólo queda una para formar el ramillete: el pensamiento. El verdadero pensamiento, que a las mujeres, a pesar de sus modernas tendencias, suele parecerles todavía inodoro e insustancial. Yo no creo que haya nada capaz de elevar tanto a la mujer, y al hombre mismo por consiguiente, como la mutualidad de pensamientos entre los dos sexos. Hasta ahora, las mujeres han sido nuestras fieles compañeras en todo lo bueno y en todo lo malo...

LA VIAJERA.—Particularmente en todo lo malo.

EL VIAJERO.—En todo lo perverso; menos en una sola cosa: en el pensar. Los hombres y las mujeres lo han hecho ya todo juntos...

LA VIAJERA.—Todo.

EL VIAJERO.—Todo, menos pensar, menos meditar hondamente, serena y apasionadamente, y comunicarnos después, del mismo modo, nuestros pensamientos.

LA VIAJERA.—Verdad es, pero es que no solemos entendernos.

EL VIAJERO.—Es que no queremos entendernos. Preferimos adorarnos...

LA VIAJERA.—O aborrecernos.

EL VIAJERO.—Es igual. Sin embargo, yo no creo que el placer sea placentero sin amor, y el amor no me parece amor sin mutuo conocimiento; ese conocimiento no puede lograrse plenamente sin comunidad en el pensar. De manera que pensar en común es el complemento de la ternura, como la ternura no llega a su más pura intensidad sino cuando se piensa en común, lo cual no quiere decir que se piense lo mismo. Al contrario, de ese choque ideal que resultaría entre los sexos, espero yo la regeneración de la mente varonil, de la cultura humana, que hoy se sienten, como antes y como después, titubeantes, aviejadas, y sobre todo, semi estériles. Y ahí tiene usted cómo por el pensamiento, única flor del moderno madrigal, llego yo a restaurar al amor y a colocar a la mujer en su verdadero trono, un trono sin guardias de corps. Porque, créame usted, si la mujer moderna pide a gritos libertad, es porque ya no puede ser esclava,

porque el amor ha decaído y ya ni las jaulas doradas ni las floridas cadenas de antaño se le brindan.

LA VIAJERA.—Es tanta la competencia...

EL VIAJERO.—Y como ya no es moda el hogar y los hijos...

LA VIAJERA.—Pues los adelantos de la industria y del comercio bastan para satisfacer al hombre. (*Ríen juntos*).

EL VIAJERO.—Quedamos en que las sufragistas y feminizantes son las proletarias del amor.

LA VIAJERA.—Sin prole.

EL VIAJERO.—Sobre todo sin ternura, sin caricias. De ahí que, sola y libre en las costumbres y en la labor de vivir, quiera estarlo asimismo en la política y en la actividad económica, para conseguir las armas necesarias a esa labor y a la de hacerse sitio en dichas costumbres. Esto es justo, pero es malo; no puede ser peor. En ese afán, en esa lucha, las mujeres pueden ganar ventajas materiales, de esas que no han impedido a los hombres, que de antiguo las poseen, el caer en la desigualdad y la miseria, ni han limpiado el horizonte de arreboles revolucionarios; pero, en cambio, pierden antes, mucho antes, toda su feminidad, todas sus genuinas cualidades; nada tan verdadero como esta paráfrasis, de un dicho famoso: cada voto femenino, es un voto más y una mujer menos. La igualdad de los sexos, hecha de modo que se otorgue a las mujeres cuanto ha sido inventado y practicado por los hombres, nos llevaría a la anulación y muerte de lo eterno femenino, refundiría ambos sexos en una sola masa amorfa y neutra de canes famélicos y salvajes. ¡Bonita solución, por vida mía! Precisamente en el momento histórico en que más falta han hecho las mujeres; las mu-je-res...

LA VIAJERA.—¿Me quiere usted decir en qué momento histórico han hecho menos falta las mu-je-res?

EL VIAJERO.—En el momento en que interrumpen... ¡Usted perdone! Es una broma para sus bromas...

LA VIAJERA.—¡No! Si me encanta que no se acoquine usted.

EL VIAJERO.—Es usted muy amable. Pero no piense que lo que dije, lo dije a humo de pajas. Dígame usted sino: La moderna tendencia varonil, es, según hemos visto, la de prescindir de la mujer, como mujer íntegra; el hombre, que es un semi-ser cuya mitad complementaria es esa mujer íntegra, quiere completarse mecánicamente, del mismo modo casi como se completa para volar o para sondear los mares. Si la mujer le imita, medrado estaría el mundo, y medrada la obra de Dios, y medrados también, dígame lo que se quiera, la fecundidad y el interés de la existencia.

LA VIAJERA.—Naturalmente. Si el cariño se tomara en un aparato de duchas ¡qué aburrimiento! Menudo incremento iban a tomar las novelas, y los dramas de amor, y las películas fiernas...

EL VIAJERO.—Si es que entonces había escritores, ni teatros, ni cines...

LA VIAJERA.—Calle usted por Dios. Aún estamos muy lejos de eso.

EL VIAJERO.—Lo estamos a medias nada más. Ciertamente una parte del mundo, a quien asusta la perspectiva que le he pintado a usted, se opone con todas sus fuerzas a ese hombrunamiento de las mujeres; pero se opone cayendo en el extremo contrario, y por horror de amarimacharse se ultra-feminizan, se convierten en muñeca de mimo y de capricho, en animalitos hiperestésicos y dejan también de ser mujeres para ser únicamente hembras, pero hembras excesivamente sexualizadas; y ya sabe usted que una excesiva sexualización conduce derechamente a la esterilidad y al vacío.

LA VIAJERA.—Me obliga usted a refugiarme en nuestra España...

EL VIAJERO.—Sí, aquí aún hay poco de todo eso. Vivimos siglos atrás, y ello tiene a veces sus compensaciones. Aún no está sola aquí la mujer, en el vivir cotidiano.

LA VIAJERA.—Aunque se la deje sola casi siempre.

EL VIAJERO.—Le queda todavía la compañía de los celos o la de la venganza, que no es la peor compañía.

LA VIAJERA.—Suele ser la mejor a veces.

EL VIAJERO.—De todos modos, no suele tener tiempo de dedicarse a las ciencias ni a las artes, y esa es, seguramente, una de las causas de nuestro apartamiento del conflicto.

LA VIAJERA.—Se murmura que esta es la causa verdadera.

EL VIAJERO.—No. Yo creo que influye también, aunque le parezca a usted raro, la cordialidad de esa cortesía innata de que le hablaba a usted antes, y que se exterioriza con las mujeres particularmente. Esto nos lleva a tratar del tema que abordamos al principio: quedamos conformes en que en el extranjero se tiene para las mujeres solas, en la vida cotidiana, la más ceremoniosa indiferencia.

LA VIAJERA.—A ratos, sin ceremonia.

EL VIAJERO.—El caso es que los hombres se limitan a dejarlas que se compongan como puedan; pierden, pues, las mujeres una gran parte de su feminidad, por el hecho mismo de esa indiferencia galante. Nada de eso ocurre en España; aquí la mujer va siempre envuelta en un nimbo que le forma el acatamiento, reverencia y mimo de los varones; jamás se ven las mujeres perdidas aquí en la indiferencia pública: un ambiente cálido y cordial las sigue a todas partes. No niego que esto tenga sus peligros y hasta sus fealdades; no niego que esa adhesión que se rinde a la mujer llegue a veces a la importunidad, a la grosería, y sobre todo, que coarte el libre arbitrio mujeril. Pero eso proviene de un defecto nacional: el donjuanismo.

LA VIAJERA.—De un defecto semi-nacional. Sea usted justo: las mujeres no podemos ser don Juanes.

EL VIAJERO.—Perdón: contribuyen ustedes a que los haya; y España es la nación de los don Juanes, quizá, quizá por culpa de las mujeres. No me mire usted de ese modo; no quiero decir que cada español sea un conquistador y cada española una conquista. Ni muchísimo menos. Quiero decir lo siguiente: En España, siempre que un hombre se encuentra frente a una mujer, un solo pensamiento le obsesiona: el agradar a ultranza, el parecer galán, bizarro, seductor, pillín, amable y deseable; todos sus esfuerzos, todas sus palabras y sus actos tenderán irremisiblemente a convencer a la mujer de todo eso, y él mismo no verá en ella más que un juez de sus encantos masculinos, juez a la vez juzgable del mismo modo y por la misma causa. De ahí el floreo, el discreteo, el asedio; de ahí que la mujer tenga que añadir siempre a la cordialidad que la rodea, un vaho sensual que no la suelta nunca; de ahí que nuestra cortesía para con la mujer tenga mucho de cortejo; de ahí, en fin, que los sexos no abandonen nunca sus respectivas posiciones de batalla, que permanentemente se recelen y se combatan, se enlacen y desenlacen de la única manera posible: de una manera sexual y sensual. ¿Y qué mal hay en ello?, me pregunta usted.

LA VIAJERA.—Yo no he preguntado nada.

EL VIAJERO.—¡Deje usted que me luzca! Me estropea usted mi efectos oratorios.

LA VIAJERA.—¿Sí? ¿Qué mal hay en ello?

EL VIAJERO.—¡Por Dios!

LA VIAJERA.—No, si digo en esos enlaces de que usted me hablaba. (*Ríen ambos*).

EL VIAJERO.—Un mal muy grande, un mal que estorba esa colaboración espiritual que tanto he ponderado a usted, y en la cual me parece que se encierra la dignificación de la mujer, mujer, al mismo tiempo que el remozamiento de las concepciones varoniles.

LA VIAJERA.—Efectivamente, el tiempo es oro, y gastar oro en colaboraciones espirituales...

EL VIAJERO.—Sí, somos, en esa materia sumamente prácticos; tan prácticos que, a fuerza de práctica, o nos animalizamos, o pensamos, con el filósofo, que los placeres son aquellas cosas sin las cuales merecería la pena de vivir.

LA VIAJERA.—¿Padecía del estómago ese filósofo?..

EL VIAJERO.—No se esfuerce usted; lo estoy leyendo en sus ojos: nunca me hará usted creer que no ha sentido, como todo el mundo, el empacho o el estrago de las más alabadas felicidades del hombre, el desencanto de nuestras tierras de promisión. La voz universal le dice a usted: ese es el placer, esa es la dicha. Y corre usted a la dicha, al placer. Efectivamente, ese placer es dulce, esa dicha deleitosa y lisonjera; pero, más efectivamente aún, halla usted que esa dicha no puede ser toda la dicha, ni ese placer todo el placer, porque usted siente en su alma socavones inmensos, espacios vírgenes vacíos, que cada vez se encuentran más lejos de llenarse con toda la dicha y el placer conocido y decantado en el globo. Como dijo el poeta, la mujer (y el hombre y el universo), es, en este caso, sastrero corto.

«...pues siempre corta el placer  
estrecho para el deseo».

Y un día cualquiera, en una de esas horas en que nuestro sér todo se recoge en la meditación, como el pájaro en su nido o como el sacerdote en su templo, siente usted la vanidad angustiada de su vida, aunque esa vida haya sido la más florida y placentera. Al salir de una broma, de una orgía envidiable, esplendorosa, llena de cuantos atractivos morales e inmorales se puedan reunir, y al encontrarse de pronto en la serenidad de una noche estrellada, no hay corazón delicado y generoso que no se haya sentido anegado en añoranzas, y que no haya creído que el placer y la felicidad no son más que engañosas para matar el tiempo y, con el tiempo, la vida; que no se haya convencido de que malgasta el tesoro de vivir empleándole de esa manera. Y para el caso, bromas y orgías son cuantos anhelos personales de dulzura y goce puedan inventarse. De ahí nostalgias, spleens, romanticismos y poemas; de ahí también, por otro camino, ascetismos, misticismos, religiones donde el simbolismo misterioso se enlaza con el amor. Maneras ambas, sumamente artísticas, bellísimas a veces, pero artificiales y anormales, de llenar esos vacíos del sentir, esos «vagues d'âme», como decimos ahora. Y llenándolos de ese modo, bien nos demuestra la historia que llevan al paroxismo o a la esterilización, pero no a la vida plena, rítmica y fructuosa, ecuánime y feliz, de cuya serena armonía vemos tan bellos ejemplos en la plenitud gloriosa de la naturaleza.

LA VIAJERA.—Muy bien, muy bien.

EL VIAJERO.—¿Será ilusión más creer que sólo el pensamiento, el pensamiento puro, sin interés, sin prejuicio, es lo que puede llenar esas lagunas neuróticas del alma?

LA VIAJERA.—¿Por qué? ¿Acaso los filósofos no han fracasado como los monjes y las bailarinas? El pensamiento engendra la duda, y ¿no es la duda un «vague d'âme» también?

EL VIAJERO (*riendo*).—Muy bien, muy bien. Cierto, ciertísimo: el solo pensar aberra, como el sólo sentir estraga, y el no sentir ni pensar, sino vivir de sensaciones, animaliza. Pero de una armonía entre todo eso, ¿no resultaría la norma verdadera del verdadero epicúreo?

LA VIAJERA.—¿Pastel al canto?

EL VIAJERO.—Sí, pastel; ¿pues el pastel no es el ideal supremo? ¿Qué es la creación entera más que un vivo y eterno pastel? Por eso tengo yo esta fe mía en las mujeres, admirables pasteleras; por eso las necesito para arreglar el pastelito de nuestra vida firme, pura, digna y eficaz. Hablaba usted de la duda; para curarnos de la duda negra, de la duda giratoria, semejante al pollino que tira de un rosario de secos arcaduces, el cerebro femenino sería mano de santo. La mujer no duda nunca, y cuando duda, ni vacila, ni se detiene jamás. Las dudas son como las imperfecciones de un trabajo manual, que no deben detener al obrero. Yo tengo para mí que España, por ejemplo, no habrá de redimirse mientras nuestras mujeres no dejen de tirar de la manga a los hombres, cuando ellos sienten el pujo de una generosidad material o ideal, cuando se separan de ellas y abandonan el requiebro o la coyunda, no por el café o la cuchipanda, sino por un estímulo improductivo de pensamiento, o de puro corazón. Somos quizás el pueblo que más debe á sus mujeres; hoy, corroidos los hombres, sólo en las mujeres de España tengo fe; ¿qué falta para que fructifique nuestro riquísimo vivero de reinas y de santas, y nos dé modernas y modestas redentoras? Un poco de riego cerebral. A la mujer no se la considera en lo que es, en lo que vale, sino en la cantidad y calidad, cubicadas a ojo de buen cubero, del placer que puede proporcionarnos. Así, el donjuanismo, ese priapismo moral que padecemos, contamina la gentileza de nuestra innata cortesía, y confina a la mujer española en un serrallo espiritual, que nos agosta las más bellas de sus cualidades. Arranquemos a la mujer de la tutela del viejo Sileno, démosla vida libre, vida propia, y habremos contribuido, con la redención de nuestra tierra, a la variedad y a la armonía del mundo... Pero noto que me exalto, lo cual es una falta imperdonable.

LA VIAJERA.—Es una falta muy bonita. Yo adoro la exaltación.

EL VIAJERO.—...Ajena.

LA VIAJERA.—¡Hay tan pocas ocasiones de dar rienda suelta a la propia!

EL VIAJERO.—Es verdad; somos unos monstruos: educamos a ustedes para la exaltación, y luego sólo se la permitimos graduada.

LA VIAJERA.—¿Verdaderamente se toman ustedes el trabajo de educarnos... aunque sea para la exaltación?

EL VIAJERO.—El trabajo no, de ningún modo; ¡buenos estamos para trabajos! El gusto, la diversión, ya es otra cosa. Por eso empleamos los métodos sociales: las costumbres, el ambiente, ese vaho de que le hablaba a usted, son nuestros procedimientos, que obran en globo y anónimamente. Pero dan superiores resultados; de la misma manera que la demanda de carne vacuna, verbigracia, ha hecho nacer esa ganadería en cuyo cultivo se llega a hacer del animal una bola carnosa, sepultando formas y atrofiando órganos y movimientos, así la demanda hombruna y el trato varonil han hecho de las mujeres, en gran parte, animalitos en los cuales todo, hasta el espíritu, hasta el corazón, hasta el pudor y la angelicalidad, son productos de placer, para el placer elaborados, destru-

yendo en ellos toda tendencia al mero placer ajena. Son ustedes así, verdaderas obras de arte de adulteración; como las coliflores, los perrillos falderos, los contorsionistas...

LA VIAJERA.—No diga usted horrores, que me dan escalofríos. No me voy a atrever a mirarme a un espejo, por miedo a verme tan contrahecha como usted nos pinta.

EL VIAJERO.—¿Y para qué ha de mirarse usted al espejo?

LA VIAJERA.—¿Es elogio o burla?

EL VIAJERO.—Ni lo uno ni lo otro: es simple filosofía.

LA VIAJERA.—Pues crea usted que el espejo no es tan indispensable, que no concibo que existieran mujeres si antes no existían espejos. Nada puede sustituirlos; ni aún los ojos de un enamorado, pues aunque otra cosa digan los poetas, no hay modo de verse en ellos cómo nos cae el sombrero.

EL VIAJERO.—Me callo; más que la teoría vale la práctica, y sus palabras rebosan experiencia.

LA VIAJERA.—¡Jesús! No lo piense usted; hablaba por comparación de tamaños.

EL VIAJERO.—Pues yo tengo con el espejo una antipatía personal. Me parece el rey de los embaucadores, de los mentirosos, el falso entre los falsos, el primero de los Don Juanes y el más pernicioso de todos, porque engaña con la verdad.

LA VIAJERA.—Deliciosa esa paradoja; a ver, a ver, explíquemela usted. Las paradojas me gustan lo indecible, casi tanto como los acertijos.

EL VIAJERO.—Pues verá usted: el espejo no es, como se ha dicho, un vil adulador, que entretiene y hechiza a las mujeres con sus falaces lisonjeos; es, al contrario, un hipnotizador que las fascina, y, por la fuerza de su mirada franca y brutal, las sugiere esas fatuas pasiones que las esclavizan y rinden a sus pies.

LA VIAJERA.—Interesantísimo.

EL VIAJERO.—Frío, insensible, con la ironía de lo indiferente, el espejo sólo refleja ante los ojos de usted meras y vagas formas. Ahora bien, la forma, como todo lo insustancial, no puede contentar a nadie; el que corre tras la forma, corre tras el viento. La imagen más seductora, el más puro perfil, la silueta más escultural, tienen para su dueña, mirados al espejo, algo que se echa de menos, cierto no se qué que falta, y que desconcierta las ansias de perfección hechicera. Así, para ocultar o suplir ese defecto, viene el pendiente, el penacho, el dije, el perifollo, el tatuaje, el disfraz; viene la moda, viene el dios Momo, neurótico y depravado, insaciable rebuscador de estimulantes sensaciones nuevas, el cual, en dulce alianza con el metódico y aurófago Mercurio, encarnado en el honorable gremio de modistos, nos pone a la mujer hecha una máscara trágica. Trágica, sí señora; trágica, porque no puede haber espectáculo más desgarrador que la contemplación de la verdadera hermosura befauda y desconocida, por quien debe a Dios la fortuna inefable de poseerla en sí misma. A mí me produce la impresión que sentiría un avaro, al ver que unos niños recortaban para jugar las figuras de los billetes de banco. ¿Se imagina usted a la Venus de Milo con tufos sobre la frente, ojeras y falda corta de campana?

LA VIAJERA.—¡Qué ocurrencia!

EL VIAJERO.—Pues no es esta la hermosura que más me duele ver en la picota. La belleza femenina es la más ideal de las bellezas, tiene una fuerza de excelcitud, de abstracción, de pureza, sólo igualada por las bellezas de lo inmenso: como el cielo, o de lo inefable: como la música. ¿No se ha fijado usted en que

para representar lo abstracto, para encarnar plástica y bellamente las ideas se toman siempre las formas de una mujer? En cada mujer hermosa que encontramos ¡cuántos pensamientos serenos y hermosos como ella parecen irradiar y difundirse! ¡Cuántas ideas felices y puras nos inspiraría! Pero ¿qué quiere usted que inspiren vestidas de clown? Vea usted una mujer cuya figura, firme, acabada, pletórica de armonía, parece concentrar en sí toda la hondura de la meditación, todo el fuego de la inteligencia; oiga usted su voz, tan desbordante de profundas melodías, como los chorros de una fuente; contemple usted sus ojos, que todo lo dicen y todo lo escuchan en infinita y deslumbradora complejidad de celestes abismos; note usted la majestad y cadencia de su pecho... ¿Qué riquezas de idealidad y sentimiento, de excelsitud, de redención, encerrarán el cerebro que mira por esos ojos, el corazón que late con esa eurythmia, el alma que se envuelve en tan divinizada materialidad?... Pues no señor, esa mujer, si piensa en alguna cosa, es en la seducción que sus formas corporales ejerzan en los sentidos del macho; a veces, su pensamiento no alcanza profundidad tan remota: piensa sólo en el encanto inconcreto de ser linda, unánimemente linda, y de ver cotizada su lindeza. Ese cerebro, bajo los bucles y los moños, duerme como una marmota; el corazón, como el espejo, sólo las formas refleja, y todo ese dechado de perfecciones elevadoras y metafísicas, acaba en el revolcón de los sexos, como en todos los animales de la escala.

LA VIAJERA.—¡Pobres mujeres!

EL VIAJERO.—¡Y pobres hombres! (*Pausa*).

LA VIAJERA.—El cariño, la maternidad son cosas muy hermosas. Pero ¿no es cierto que es mortificante para nuestro orgullo que los reyes de la creación, los semidioses, hayamos de perpetuarnos por los mismos métodos de los animales?

EL VIAJERO.—No es eso lo malo, sino que a esa labor de perpetuamiento efectivo o frustrado, viva supeditada la parte más bella del linaje humano, que ha sido creada para mucho más, para muchísimo más.

LA VIAJERA.—Sí, sí; yo así lo creo. (*Pausa*).

EL VIAJERO.—Si la mujer despertara al pensamiento ¡de cuántos males nos salvaría! El primero de todos ese: el amor, el amor de hecho, ese mendigo hambriento que pide piltrafas en todas las puertas, y jamás se sacia hasta que se hasta.

LA VIAJERA.—Pero ya sabe usted que la Bella encantada, dormida en el castillo maléfico, no despertará nunca, si un príncipe encantador no penetra los bosques hasta encontrarla.

EL VIAJERO.—El príncipe encantador... ¡Oh, quien lo fuera!.. Cruzaría los bosques, poblados de reptiles, y cuyo ambiente infestan malsanos aromas; mataría al dragón tras espantable lucha, y empapado en la sangre del monstruo, viscosa y negra, violaría el encantado camarín en donde la Hermosa hechizada rumia su eterno letargo. Allí sería el nudo de la frivolidad y de la superficie; allí, entre jaulas doradas llenas de pajarillos, entre búcaros coronados de flores orientales, entre músicos surtidores y espejos y pebeteros, en una irisada penumbra, dormiría sobre rasos la Bella encantada. El ruido de los pasos despertaría en el salón eco de susurrantes piropos...

LA VIAJERA.—Parece que usted lo ha visto...

EL VIAJERO.—Mejor aún, lo he soñado. El príncipe estaba horrible, manchado, jadeante, astroso. ¡Qué contraste el de su fiera catadura con las sutilidades y primores del camarín encantado! Sus pisadas ponían en los tapices rastros fangosos, los pajarillos enmudecían y aleteaban... sólo, a cada rumor, salía de

los rincones un eco múltiple que susurraba embriagadores galanteos. El príncipe, sorprendido, fascinado, dudó: la Hermosa dormía tan placenteramente, que el héroe sintió el deseo de rendirse al encanto y dormir al lado de ella. Mas por algo era un héroe: su corazón sintió de pronto una inmensa sensación de vacío; bajo aquel derroche de filigranas y exquisiteces, le pareció sentir un abismo: el abismo de la vacuidad y de la atonía. Tambaleándose, se acercó a un ventanal y le abrió: un aire fresco y libre había despejado de vapores las alturas; apuntaba el alba; sobre el bosque silencioso, una estrella lucía con sereno y profundo fulgor... El príncipe encantador sintió orearse el alma en aquella ráfaga de pureza y libertad; volvióse adentro, alegre, decidido, desencajó las jaulas, derribó los búcaros y los incensarios, desgajó los surtidores, quebró los espejos, y alzando del serrallesco tálamo a la Bella, humanizada al cabo, llevóla a contemplar por la abierta ojiva el amanecer de la felicidad...

LA VIAJERA.—¡Qué cuento más bonito!

EL VIAJERO.—Precioso, pero sin acabar.

LA VIAJERA.—¿Sin acabar? ¿Pues qué más quiere usted saber: cómo pusieron de nombre al primer chiquitín? Los pueblos felices no tienen historia.

EL VIAJERO.—¡Cuán instructiva sería, sin embargo, la historia de la felicidad! ¿Quién le dice a usted, por ejemplo, que la Hermosa no halló la broma pesada? ¿Está usted segura de que el príncipe encantador y haraposos, y la aurora, y el lucero, y demás zarandajas novelescas y alegóricas le agradaran de pronto más que su deleitable sueño y su mágico «boudoir?»

LA VIAJERA.—¡Por Dios! ¿Sería posible?

EL VIAJERO.—El príncipe pudo darle encantos superiores a los que destruyó. El sentimiento de la belleza, acendrada y racionalmente cultivado en el alma ¿no habría de decirle más a la mujer que todos los requiebros y todos los cristales? Si lo hermoso le fuera conocido y entrañable, si en cada ocasión de la vida, en cada paisaje de la existencia su voluntad buscara todo el placer y el provecho moral que para el corazón y el pensamiento guardan todos ellos, ¿no acabaría por comprender y estimar su propia hermosura, y no aprendería a cultivarla y a darle realce y esplendor, de una manera mil veces más noble, más poderosa, más sana, que no por el disfraz y el embeleco? Sin espiritualidad, sin inteligencia, sin pura y digna poesía, no puede haber elegancia... Aprendizaje es este, sin embargo, que sólo puede emprender y rematar el cariño.

LA VIAJERA.—¿Y el príncipe encantador no ha de saber inspirarle?

EL VIAJERO.—Sus prendas no son de las que se cotizan hoy en esos mercados del amor. ¿Cuántas son las mujeres que puedan reconocerlas y apreciarlas? Piense usted, además, que su llegada es como un estallido de un obús...

LA VIAJERA.—¡Jesús, no me hable usted de la guerra!...

EL VIAJERO.—¿Por qué? La guerra... Quizás en el fondo de esa guerra, oculto en la nauseabunda cerrazón de gases asfixiadores, venga el príncipe hechicero que usted y yo invocamos, y que ha comenzado ya a romper lunas, jaulas, sedas...

(Violento retumbe de plataformas, que se aleja a lo largo del tren; la marcha disminuye y se acaba; voces, luces.—¡Miranda!...—grita alguien junto al vagón, y el grito se va alejando, sin que se oiga ya lo que dice).

EL VIAJERO.—Señora, hemos llegado; es decir, he llegado.

LA VIAJERA.—¡Ya!

EL VIAJERO.—¡Ya!

LA VIAJERA.—¿Se queda usted aquí?

EL VIAJERO.—Sólo un instante, mientras tomo el tren de Cabezón. No acabaré de rodar tan pronto, no; estará usted bien lejos de acordarse de estos minutos de tren, y yo rodaré todavía...

LA VIAJERA.—¿Va usted a dar la vuelta al mundo?

EL VIAJERO.—Sí, hasta Constantinopla.

LA VIAJERA.—¡Virgen, ni me atrevo a decirle a usted buen viaje!

EL VIAJERO.—...Como yo a usted se lo digo.

LA VIAJERA.—Como yo a usted se lo deseo. (*Se estrechan las manos*).

EL VIAJERO.—Adiós, señora.

LA VIAJERA.—Adiós.

La viajera se asoma a la ventanilla; el trivial vaivén de la gente que cruza por los andenes, se le antoja anacrónico, incomprensible, incomprensibles y anacrónicos las hablas y los trajes, en su triste vulgaridad. Con sorpresa y amargura, nota que una ilusión no sospechada se le va disolviendo en la prosa de aquella parada de tren.—¿Es posible que sea yo tan niña aún?—se pregunta—y mientras tanto, su imaginación piérdese evocando el séquito de un príncipe encantador que, por caminos de ensueño, marcha hacia Constantinopla, para sacar de su harem a la Bella encantada, que duerme en él, tras los ponzoñosos bosques, en la rosca del dragón de siete cabezas, desde hace ya veinte centurias...

De pronto, la viajera se quita de la ventana, y recorre el pasillo toda estremecida: acaba de acordarse de los submarinos...

ALFREDO NISTAL

León, mayo de 1916.

# Playa del Norte

(NOVELA CORTA)

Para REVISTA CASTELLANA

Il-y-a peut-être entre eux un peti drame, un des ces petits drames de ménage qu'on soupçonne, qu'on ne connaît jamais bien, mais qu'on devine à peu-près.

Guy de Maupassant.—*L'Inutile Beauté*, III, p. 36.

## I

A las once de la mañana, cuando las sonoridades metálicas de la banda municipal comenzaban a estallar sobre el silencio de la arena dorada al sol, estaban siempre paseando por la playa los dos recién casados, que parecían más bien una pareja amorosa en los primeros días de relaciones. Y sin embargo, estaban casados y bien casados, como Dios manda, con la bendición del cura y todos los requisitos de la ceremonia.

Pero se hablaban tan poco y con tal despego que cualquiera diría que no había confianza entre ellos, que se eran mutuamente indiferentes...

Aquella mañana llegaron antes que de costumbre y se acomodaron en las sillas de paja que estaban colocadas a lo largo de la galería del Balneario *La Cantábrica*... En la sala de baile cuyas ventanas daban a la galería, un piano tocaba un sentimental vals francés, un vals que ya han cantado todas las niñas de provincia española y que tiene románticas palabras:

Non, tu ne sauras jamais  
oh! toi qu'aujourd'hui j'adore...

A Ricardo esto le daba tal emoción de París y de unos amores que allí tuvo, que cada vez que lo oía, no podía menos de transmitir sin querer su impresión a Palmira... Aquella música le crispaba los nervios, le exaltaba de una manera aguda y morbosa, haciéndole recordar las noches de París, a lo largo de los bulevares repletos de una multitud cosmopolita, las excursiones a Enghien-les-Bains, el lindo casino de verano, tendido sobre el lago donde los elegantes ricos de París se dejaban el dinero en los *p'tits chevaux* y en la ruleta...

Cuando él iba con su amante francesa allá, casi siempre el piano de la sala de baile, interpretaba, en medio de la noche clara y estrellada, ese vals, ese vals ardiente y torturante que le traía ahora a Ricardo, amortecido en la tristeza lluviosa de esta orilla cantábrica, la visión de mujeres esplendorosas, flores superiores de civilización latina, felices y elegantes, con los ojos agrandados por las ojeras, enjoyadas, con escotes tentadores y aurinas irisaciones en los cabellos...

Ricardo recordaba las madrugadas libertinas de París, la vuelta de Enghien en el tren-tranvía que conduce al Balneario o en *taxis* rápidos y trepidantes.

Yo miraba entretanto a Palmira, siempre elegante bajo la pompa de sus grandes sombreros, con su traje blanco plisado que le moldeaba las formas bonitas: los senos vibrantes, menudos y eréctiles, las caderas finas que no eran rotundas caderas de maternidad, sino caderas finas de virgen o de esposa estéril; los brazos rosados transparentándose por la blusa clara y fina... Ella me miraba también en silencio, acariciándome con la mirada, una mirada que penetraba como un acero alma adentro, que hacía daño, que daba la impresión de una perforación suave y voluptuosa... Luego quedaba largo rato pensativa, mirando al mar, como meditando...

—¡Espléndido día, está hoy!—dije yo por decir algo.

—Hermosísimo—dijo Ricardo.—No apetece ir a casa a comer. Comamos en el Balneario frente al mar.

—¡Magnífica idea!—dijo Palmira gozosa, batiendo palmas de alegría.

—¡Estupendo! Yo me doy por invitado—agregué.

—¡No faltaba más!—añadió Ricardo—tú te quedas con nosotros...

—¡Oh, sí, se queda, se queda usted con nosotros!—dijo Palmira, y me dirigió una mirada intensa.

## II

It is the green ey'd monster, which  
debt mock the weat is feed on. .

Shakespeare.—OTHELLO, acto IV.

Estábamos comiendo en el Balneario, frente al mar, a la hora clara y alegre del mediodía, cuando los manteles blancos sobre las mesitas cubiertas de flores rojas y amarillas dan a la larga y encristalada galería de *La Cantábrica* un ambiente cosmopolita.

Una orquesta de pseudo-zíngaros interpretaba con retumbante sonoridad un vals arcaico que emocionó a nuestros abuelos en los jardines del Buen Retiro: el vals de la ópera bufa *La fille de Madame Angot*...

Al rumor del vals trémulo y anticuado mezclábase la salvaje polifo-

nía de las olas, concierto ruidoso e inacabable, que a esa hora de marea alta bullía con más fiero estrépito entre los postes de hierro que sostienen el Balneario, rompiendo en el acantilado que bordea la calle de Anselmo Duro.

Un momento la orquesta calló y se oyeron claras y distintas nuestras voces en el silencio de la galería. Estábamos los tres, como en los clásicos dramas, el marido, ella y yo... y estábamos serenos, inconscientes del peligro, como la dignidad tradicional exige. Ni el marido se daba cuenta del ridículo, ni yo de la traición, ni ella del pecado...

Después de hablar de varias cosas, la conversación derivó sin saber cómo, por no sé qué cruel ironía, hacia el escabroso tema del adulterio. Primeramente hablé yo de la libertad con que se educa a las mujeres extranjeras...

—Las mujeres inglesas o francesas—hube de decir—son felices... A los dieciocho años, se las deja salir solas de su país, recorrer el mundo, cultivar sus inteligencias, almacenar cultura, adquirir experiencia de la vida... A los veinte años están armadas para la lucha... Una pobre mujer española a los veinte años, y a los veinticinco también, es un juguete, que cualquier bribón maneja a su antojo.

—¡Oh, no digas eso, Fernando!—replicó el marido.—Si anda sola por el mundo, ¡a costa de cuántos peligros y de cuántas abdicaciones lo hace!.. ¡A cuántas tentaciones tiene que sucumbir!..

—Vence todas las que quiere, y no sucumbe sino a las que quiere sucumbir—repose.

—Es verdad—agregó Palmira.—Yo en eso doy la razón a Fernando. Una mujer debe saber guardarse a sí misma, por su propio decoro, por su propia dignidad, y si no, no es mujer.

—No, no es mujer—añadió—es una muñeca. Como desgraciadamente son casi todas nuestras compatriotas... ¡Muñequitas frágiles y pintadas que uno maneja como quiere, cuando se conocen sus resortes y su mecanismo!..

—Pero estas muñecas son más serias que las muñequitas caras de Francia y las muñecas sabias de Inglaterra—agregó él.

—Porque el freno tradicional de la religión y los respetos humanos cohiben sus movimientos y abaten un poco su temperamento vehemente. Que sino, ¿qué sería de nosotros, pobres hombres de España?.. Las mujeres españolas no saben viajar, no se las arreglan solas por el mundo, no son dueñas de su voluntad... ¿Qué marido español dejaría sola a su mujer recorrer Europa?.. Pues el marido yankee, por ejemplo, deja venir sola a su mujer en viaje primaveral de recreo, si sus negocios no le permiten acompañarla... Y esta mujer atraviesa el viejo continente y visita todos los *music-halls* de París y pasea sola por las morunas calles de Sevilla. Es dueña de sí y nadie le falta al respeto que su misma soltura y su agilidad para vivir imponen.

—A pesar de todo—dijo Ricardo—más quiero ser marido español, con todas sus quiebras, que marido yankee.

—Tendría gracia que te quejaras tú. Con una mujercita como la que tienes...—exclamó Palmira mientras le pasaba, distraída y amorosamente, la mano por el hombro...

La orquesta de falsos zíngaros—procedentes de los suburbios de Madrid y disfrazados con fracs rojos que les iban horriblemente mal a sus tipos de hombres descuidados y sin alifio—recomenzó a tocar y ahora interpretaba *Un soir à Madrid*.

Toda la melancolía de las tristes mujeres de provincia revivía en Palmira, que se sentía convivir con la música, un poco acariciada por el ruido del mar, la calinería del vals y el susurro de su falda que rozaba mis zapatos... ¡Oh, cómo se era feliz en esos momentos! Una mujer debiera vivir siempre así; sin inquietudes, sin síntomas de tragedia, sin remordimientos de conciencia!.. Comiendo en el restaurant elegante de un balneario; a un lado su marido, siempre bueno, cariñoso y dulce; y enfrente, el hombre que se ama, el que arrebató, el que se lleva el corazón en un delirio pasional... Sentir cerca el soplo de su aliento y verle en tan buena armonía con el poseedor de su cuerpecito y contemplar cómo no se miraban con odio, ni con recelo, ni siquiera con envidia... sino con amistad y hasta con ternura... ¿No había un placer especial, un placer extraño e inédito, algo mórbido, en amarse entre tres, sutilmente, modernamente?.. ¡Y luego aquello le recordaba tanto muchas novelas francesas que ella había leído—como aquella *Madame Bovary*, la pobre provincianita como ella, que soñaba con un *bal masqué* como un ensueño de hadas, una *féerie*!..

¡Ah, la pobre Emma Bovary, cómo se parecía a ella, que tenía un corazón tan tierno!.. Había amado a León y a Rodolfo y luego a aquel tenor de ópera que la encantaba en el teatro de Rouen!.. Pues ella había tenido menos amantes; no había querido sino a aquel capitán de barco que naufragó luego en la goleta *Leontine*, junto a la Isla de Juan Fernández, y ahora a este escritor que, como un diablillo sutil y taimado, se le colaba alma adentro, con sus lagoterías, sus frases tan bonitas... tan bonitas... como ella sólo las había oído en el teatro...

Eran dos amores distintos, cada uno a su modo: el amor de la fuerza física y el culto de la virilidad que había encontrado en el capitán mercante y el respeto a la inteligencia y el culto de la espiritualidad en este muchachillo avisado y frívolo de Madrid...

Mas por encima de estos amores estaba el deber y la voz paterna de la conciencia y el amor santo y puro de su marido, que era para ella como un padre... ¡Ah, sí! Era lo primero de todo... su marido. Sin él ¿qué sería de ella, pobre mariposa volandera? No; era preciso respetarle siempre... y quererle... quererle a su manera.

Ahora mismo, en este tan feliz instante de su vida, le estaba queriendo... Como decorado el mar inmenso y azul, ruidoso, trémulo, cambiante, agitado y saltarín, con voz de niño, o bramador y medroso con trenos de profeta; y a su lado, sus dos amores... el amor casto y sólido, representado por su esposo, y el amor voluble y alegre de verano,

representado... por el otro. El de su marido era un cariño profundo y dulce, muy callado, muy subterráneo, que presidía su vida; el cariño al cual se volvía siempre, como a puerto de refugio; el otro era un cariño voluptuoso y pasajero, un verdadero amor de playa, para flirtear entre los pantalones blancos y las sombrillas multicolores, sobre la amarilla arena; un amor de arena, frágil y movedizo como ella; un amor de verano, que un viento trae y otro lleva... Pasada la tempestad de esto, quedaría de nuevo serenado el cielo, donde, como un Dios, reinaba su esposo.

Y luego Ricardo era bueno, no podía adoptar actitudes trágicas, se limitaría a hacerle una reprobación cariñosa, como un hermano mayor, si por azar descubriese sus amores... ¡Qué feliz se podía ser estando en tan íntima armonía, en tan cordial inteligencia, sin ofuscarse, sin perder la cabeza jamás!.. ¿Para qué tener disgustos cuando se podía vivir en paz?

ANDRÉS GONZÁLEZ-BLANCO

(Continuará).

## Crónicas catalanas

### Un gran libro

**N**os place hoy en gran manera dedicar unas palabras a un interesantísimo libro, cuyo comentario intercalamos en estas crónicas en gracia a haber visto la luz en nuestra ciudad.

*Los exploradores españoles del siglo XVI*, es el título de la obra, y bajo ese título reza en la portada el siguiente lema: «Vindicación de la acción colonizadora española en América». Estas palabras eran ya un halago y un acicate para emprender su lectura, aparte de que el nombre de su autor, Charles F. Lummis, uno de los prestigios norteamericanos, constituía una garantía.

Mucho y mucho se ha escrito en Norte América acerca de la colonización española en el nuevo continente, y al parecer todo con el solo deliberado intento de echar paletadas de fango y de baldón sobre la memoria de nuestros antepasados. Fuera por desconocimiento de la verdad o por mala fe, siempre los escritores yanquis calificaron de sanguinaria y opresora la acción de los exploradores españoles. Aún algunos de los que trataban esta cuestión con mayor elevación de miras, —Ticknor, Prescott—no dejaron de incurrir en lamentables ofuscaciones. Hoy figura a la cabeza de los escritores que asientan sus trabajos sobre bases de verdad y justicia el autor del libro que nos ocupa.

Mr. Charles F. Lummis es un sabio profesor norteamericano, cuya vida es un constante alarde de esfuerzos, de energías desplegadas con una voluntad férrea, verdaderamente asombrosa.

Digamos algo acerca de su vida. A los veintidós años se graduó en la Universidad de Harvard. En 1883 realizó una marcha a pie desde Ohio hasta California, recorriendo en ciento cuarenta y siete días cinco mil seiscientos cuarenta y dos kilómetros. Al siguiente día de su llegada, fué admitido como redactor del *Daily Times* de Los Angeles, y poco después logró ser uno de los propietarios del periódico.

Habiendo sufrido un grave ataque de hemiplegia, se trasladó a Nuevo Méjico, y allí, tras cuatro años de constante método, logró reponerse. Durante ese tiempo vivió entre los indígenas, estudiando su vida y sus costumbres.

Con Mr. A. F. Baudelier emprendió un viaje a Colorado, Tejas, California, Nuevo Méjico, Perú y Bolivia. Allí estudió cuanto se relaciona con la historia de los exploradores españoles.

Ha fundado varios periódicos, sociedades, bibliotecas, y actualmente se ocupa en la formación de un Diccionario Enciclopédico que reúna todos los datos históricos, biográficos y arqueológicos referentes a América desde su descubrimiento hasta 1850.

Reseñada someramente, esta es la vida de ese hombre singular, de tan claro talento y de tan sin igual voluntad.

La gloriosa epopeya de los exploradores españoles, que durante una centuria de constantes, de inauditos esfuerzos, realizaron la más portentosa de las hazañas, arrancando, por así decirlo, del imperio de las sombras el Nuevo Mundo, está brillante y sinceramente descrita en el libro de Mr. Lummis.

Y aunque no reuniera esta historia otras apreciables condiciones, por el solo hecho de estar sinceramente escrita y reivindicarse en ella la acción en América de nuestros antepasados, merece ya por parte de los españoles singular atención.

Desde Cristóbal Colón, Cortés, Pizarro, Alvarado, Oñate, hasta los humildes misioneros y soldados, de cuyos hechos se tiene noticia, se hallan anotados en este libro, y ensalzados cual se merecen, los heroicos actos y las curiosísimas aventuras a través de los inhospitalarios desiertos americanos, en la tenaz empresa de conquista y colonización.

Como modelo entre los exploradores españoles cita el autor al conquistador del Perú, Francisco Pizarro y todas las peripecias de esa singular conquista, la más grande y asombrosa de las efectuadas en Nuevo Mundo, relátanse en los capítulos que al porquerizo de Trujillo dedica el historiador.

Es a nuestro juicio esta parte de la obra la más intensamente viva y la de mayor mérito. Mr. Lummis, enamorado de la obra de Pizarro, canta su valor, loa sus talentos y sus virtudes y afirma ser el conquistador del Perú el más grande, el más heroico de los exploradores que vieron los siglos.

Toda la obra de Mr. Lummis respira un ambiente de sinceridad; desprovisto de pasión juzga el profesor norteamericano los hechos con una imparcialidad digna de todo aplauso, y así haciéndolo tiene que

resultar, cual resulta, la obra, una verdadera vindicación de las portentosas hazañas realizadas por aquella pléyade de héroes que del viejo solar hispano cruzaron los mares para llevar a la fecunda América la semilla de la civilización y de la fe.

Prologa el libro un luminoso trabajo de don Rafael Altamira, y la versión castellana, muy notable, débese a la pluma de don Arturo Cuyás.

### La Biblioteca Cervantina Bonshoms

El día 30 de Abril se inauguró en la Biblioteca de Catalunya del *Institut d'Estudis catalans*, la nueva sala que contiene la espléndida colección cervantina cedida por don Isidro Bonshoms.

En el pasado año y a fin de conmemorar el III centenario de la muerte de Cervantes, hizo donación el señor Boushoms de esta biblioteca, mediante ciertas condiciones, entre las que figura la de la creación de un premio quinquenal bajo su nombre, y el cual se adjudicará por vez primera el día 23 de abril de 1921.

La biblioteca donada considérase la mejor colección cervantina del mundo, expertamente recogida durante más de cuarenta años por el ilustre cervantista Bonshoms. Las más raras y valiosas ediciones hállanse en ella, y en libros de caballerías posee una sin igual riqueza.

El *Institut d'Estudis catalans* ha dado con la creación de esta biblioteca y de este concurso una palpable prueba de lo equívoco de la afirmación de que sólo fines exclusivistas guían sus campañas culturales. Justo homenaje rendido al Príncipe de los Ingenios, al maestro del habla castellana, rendido precisamente en días en que niégase a la lengua catalana toda beligerancia y todo derecho.

### Otro donativo

Nos referimos al efectuado por el Ministerio de Instrucción Pública francés, cediendo al *Institut d'Estudis catalans* el fondo de libros que constitufan la instalación de ciencia francesa en la Exposición Internacional de San Francisco de California.

A petición del *Institut* el Gobierno francés accedió al regalo de tan rica colección, en la que se encierra cuanto ha producido la ciencia francesa en sus diversas y múltiples ramas.

De ese donativo, verdaderamente espléndido y de incalculable labor, se ha efectuado una exposición en la Diputación de Barcelona, y a hacer entrega del mismo ha venido, en nombre del Gobierno de la nación vecina, Mr. Lucien Poincaré, acompañado de otras ilustres personalidades, habiéndose dado con tal oportunidad algunas conferencias por los académicos franceses.

## Exposiciones

Por no alargar excesivamente esta crónica dejamos de hablar pausadamente de algunas notables exposiciones celebradas últimamente en Barcelona. Figuran entre ellas la de Primavera, organizada por el Círculo Artístico, en la que exponían obras Ricardo Urgell, Anglada Camarasa, Santiago Rusiñol, Julio Moisés, Luis Masriera y otros; la efectuada en la Galería Dalmau por los artistas rusos Charchonne y Grunhoff, de arte cubista; la del *Saló de les Arts i els Artistes*, con obras de Joaquín Sunyer, Mariano Andreu, Ricardo Canals, Ivo Pascual y Apa, y una muy bella exposición de Lucien Frank, pintor belga, maestro en impresionismo, con unas notas sobrias, simpáticas, de visiones de las ciudades nortefías.

LUIS G. MANEGAT

Barcelona, Junio 1916.

## Anales del Teatro Español

1686

**18 Febrero.**—En la villa de la Torre de Estéban Ambroz, se representó ante S. M. la comedia *El Rey don Alfonso de la mano horadada*, para la que se escribió una loa que se conserva en la Biblioteca Nacional.

**15 Abril.**—En Valencia empezó a actuar de nuevo la compañía del célebre Antonio Escamilla, siendo segunda dama Francisca de Medina, cuarta María Aguado, quinta Francisca Campanos, sexta María de Garcés; segundo gracioso, Domingo Cano, y cuarto galán, Baltasar de Salas.

**19 Abril.**—Falleció en Madrid el poeta don Antonio Solís y Rivadeneira, sacerdote y abogado. Fué secretario del Virrey de Navarra y Valencia, Conde de Oropesa, secretario de S. M., oficial de la secretaría de Estado y cronista Mayor de Indias. Entre sus comedias figuran: *La gitanilla de Madrid*, *El alcázar del secreto*, *El amor al uso*, *Un bobo hace ciento*, *El Doctor Carlino*, *Las Amazonas*, *Euridice y Orfeo*, y *Triunfos de amor y fortuna*.

**11 Julio.**—A la edad de 30 años murió el poeta dramático D. Gaspar de Mercader y Cervellón, Conde de Bañul y de Cervellón, Barón de Oropesa, Sieteaguas, Macastre, Alborache, y Játiva. Mandó que se quemasen todas sus obras inéditas.

**10 Agosto.**—La compañía de Juan Ruiz se presentó al público valenciano. Iban en ella las damas María de Medina (tercera) y Ana de Figueroa (cuarta) y los galanes Alejandro Guzmán (primero) y Félix Rodríguez (tercero).

## 1686

Representó en Castellón de la Plana la compañía de José Verdugo, donde iba como cuarto galán Bartolomé de Vilches.

\*\*\*\*\*

(?) El Deán y Cabildo de la Catedral de Zamora solicitaron «hacer á su costa un tablado en las Casas de Comedias, debajo de los balcones *donde las ve la ciudad*, para que pudieran concurrir los Capitulares de la Santa Iglesia, que no tenían sitio acomodado ni más á propósito para gozar de ellas.» El ayuntamiento concedió el permiso por aquella vez, pero surgieron diferencias por solicitar igual gracia el Gremio de Caballeros hijos-dalgo.

\*\*\*\*\*

Murió en Madrid el poeta Manuel Freire de Andrade, natural de Alhandre (Portugal) y Caballero del hábito de Cristo. Fué sepultado en la Iglesia de Santa María. Escribió la comedia *Verse y tenerse por muertos* y los bailes *El Cojo* y *El ciego amor verdadero*.

\*\*\*\*\*

Actuó en Valencia la compañía de José Verdugo, figurando en ella María la Peregrina, José Verdugo y Mauricio de la Piña.

## 1687

**23 Marzo.**—El Cabildo de N. I. de la Novena nombró Mayordomo para el cuidado de la Virgen titular a la comedianta Jerónima de Olmedo, sirviendo por ella el cargo su sobrino Gaspar de Olmedo, y a María de Navas, sustituida por su hermano Juan de Navas.

**4 Agosto.**—Comenzó a representar en Valencia la compañía de Isidoro Ruano, llevando como tercera á su hija Margarita Ruano, como quinta dama a Antonia la Rosa, como barba a Fulgencio López, como segundo galán a Diego Antonio, como cuarto a Juan Francisco López.

**25 Agosto.**—Para festejar los días de la Reina D.<sup>a</sup> María Luisa de Borbón, se representó en el Teatro del Buen Retiro la comedia: *Los tres mayores imperios, el Cielo, el Mar y el Abismo*, que escribió D. Pablo de Polope y Valdés.

## 1687

El Ayuntamiento de Zamora concedió una ayuda de 500 Reales a la compañía de Melchor de Torres, como en años anteriores la otorgó a las de Magdalena López, Alejandro Bautista y Esteban Espir.

\*\*\*\*\*

La compañía de Antonio Arroyo estuvo en Jaén llevando como segunda dama a Francisca Correa, como quinta a Francisca Campanos, como segundo gracioso a Antonio de Arroyo, como segundo barba a Antonio Sánchez y a Alonso Talavera para papeles de por medio.

.....

Murió en Madrid en sus casas de la Puerta de Balnadú, el poeta dramático D. Juan de Cuero y Tapia.

.....

Nació en Lisboa el poeta Padre Manuel de Carvalho Ribero, hijo natural de Jorge Fernando Ribero.

.....

(?) En el Monasterio de la Verónica de Murcia, tomó el hábito de religiosa descalza de San Francisco, la comedianta Agueda María, apodada la *Condesica*. Hizo segundas damas en la compañía de María Enríquez. Se despertó su vocación escuchando un sermón a un fraile franciscano.

.....

Funcionó en Madrid la compañía de Agustín Manuel, teniendo como segundas damas a Juana Roldán y Agueda Francisca, y como sobresaliente a Juana Cisneros.

## 1688

**19 Abril.**—En uno de los corrales de Valencia empezó la compañía de Manuel Angel. En ella iban: Francisca Correa, mujer de Juan Antonio Pernia (segunda dama), María de Medina (tercera), Feliciano María (cuarta), Francisca Campanos, mujer de Juan de la Calle (quinta), Gabriela Velarde Figueroa (sexta), y como músico Cosme de la Rosa.

**12 Julio.**—Fray Ignacio Ponce Vaca, Carmelita descalzo aprobó en Salamanca el libro: *Discurso teológico sobre los teatros y comedias de este siglo, en que por todo género de autoridades, en especial de los Santos Padres de la Iglesia y Doctores Eclesiásticos y por principios sólidos de la Teología, se resuelva con claridad la cuestión de si es o no pecado grave el ver comedias como se representan hoy en los Teatros de España. Lo escribió el P. Ignacio de Camargo, Lector de Teología en su Convento de Salamanca.*

**Agosto.**—Se publicó en Zaragoza el libro: *Lyra Poética*, que contenía las obras del Licenciado Vicente Sánchez, ya difunto. Este poeta nació en Zaragoza hacia el año 1642, estudió filosofía y teología. Sus *Villancicos* fueron muy celebrados y D. Juan de Austria le encargó algunos para cantarse delante de S.S. M.M. El libro *Lyra Poética*, fué dedicado por el coleccionador a la monja del Convento de Sta. Inés, D.<sup>a</sup> Ursula de Aragón, hija del Duque de Villahermosa. Contenía dicho volumen algunas piezas dramáticas.

**2 Septiembre.**—Empezó a trabajar en Valencia la compañía de Miguel de Castro. En ella figuraban: Serafina Manuela, segunda dama; Micaela Fernández, tercera; Manuela Zabala, cuarta; Mariana Engracia (*La Balonesa*), sexta; Fernando Alonso, segundo gracioso, y Simón de Salazar, sexto galán.

**29 Septiembre.**—El maestro Juan de Palazol, jesuita, aprobó el libro de su compañero, Ignacio de Camargo, *Discurso teológico sobre los teatros y comedias de este siglo*.

## 1688

En las fiestas celebradas en Bordala en honor de San Pedro Mártir, se representó una loa, escrita para ellas, que se conserva en la Biblioteca Nacional.

\*\*\*\*\*

En la casa del Virrey de Aragón, Príncipe de Esquilache, se celebró una Academia Poética, a la cual concurren los poetas dramáticos don Francisco del Cerro y don Vicente Sánchez.

\*\*\*\*\*

Representó en Valencia, la compañía de Manuel Angel, en la que iban Francisco de Fuentes, que hacía los vejetes; y Félix Rodríguez, los cuartos galanes.

\*\*\*\*\*

Trabajó en los corrales de Madrid, la compañía de Agustín Manuel, quien llevaba a Águeda Francisca, de segunda dama; a Margarita Ruano, de cuarta dama; y de quinta dama, a Josefa Román, mujer de Juan de León.

## 1689

**3 Marzo.**—En Cabildo de los Religiosos de San Juan de Dios de Málaga, se leyó el edicto de Roma, prohibiendo «que los Religiosos y Religiosas de estos Reinos, hagan representaciones espirituales ni profanas por sus personas, ni permitan se hagan por ninguna otra de fuera, de ningún estado y calidad que sea, ni los prelados, preladas y Superiores de los Conventos de estos Reinos les permitan, ni den licencia alguna, sopena de excomunión mayor apostólica, con privación de voz activa y pasiva y oficios».

**11 Abril.**—Se hizo por los frailes de San Juan de Dios de Málaga, inventario de sus bienes, y en el mismo se lee:

## CASA DE COMEDIAS

Una casa de Comedias corriente para las representaciones.

240 bancos grandes y pequeños.

2 tinajas.

1 tinajón.

1 libro de obras del Corral de Comedias.

**20 Agosto.**—Fray Luis Tineo de Morales, premonstratense, dió en Madrid su aprobación al primer tomo, que en el mismo año se publicó, de la colección de poesías, loas y comedias de Sor Juana Inés de la Cruz.

**15 Septiembre.**—Comenzó a trabajar en Valencia la compañía de Estéban Vallespin, en la que iban Juana M. Ondano, segunda dama; Francisca Fernández, tercera dama; Ana de Figueroa, cuarta; Gabriela Velanda, quinta; Antonia la Rosa, sobresaliente; Estéban Olmedo, gracioso; Fulgencio López, barba; y Juan Antonio Herrero, arpista.

## 1689

Se representó a SS. MM. la comedia *El mayor triunfo de Julio César y Batalla de Farsalia*, original de don Francisco de Alcedo y Herrera.

\*\*\*\*\*

Se publicó en Salamanca, en 4.º, con 158 páginas, el libro *Discurso teológico sobre los teatros y comedias de este siglo*, por el P. Ignacio de Camargo.

\*\*\*\*\*

Nació en Lapas don Rosendo Matías de Saa, Capitán de Infantería, que escribió las comedias, *El amor más perseguido; Amor, victoria y valor; Los timbres de Portugal; Las flechas de amor son celos; Desmayos vencen amígos*, y otras.

\*\*\*\*\*

Falleció en Granada el arpista Domingo García (a) *Pertecilla*, que en 1662 estuvo en la compañía de Carrillo.

\*\*\*\*\*

Se imprimió en Madrid, por Juan García Infanzón, el libro *Inundación Castalda*, de la poetisa dramática Sor Juana Inés de la Cruz.

\*\*\*\*\*

Se imprimió este año la comedia, *El mayor triunfo de Julio César y Batalla de Farsalia*, de don Francisco de Alcedo y Herrera.

\*\*\*\*\*

Falleció en Madrid Gabriela de Valdés, hija de Tomás de Valdés y de Damiana Arias de Peñafiel. Casó con el autor Juan Francisco Saelices y después con Antonio de Borja.

NARCISO DIAZ DE ESCOVAR  
Académico C. de la Real de la Historia

(Continuará)